

La colección

Tiffany Montalvo & Cristina Segovia









El 2 de abril nació Michelle, la primera y última hija de la señora Dolores. Esa nena representaba el sueño de toda su vida.

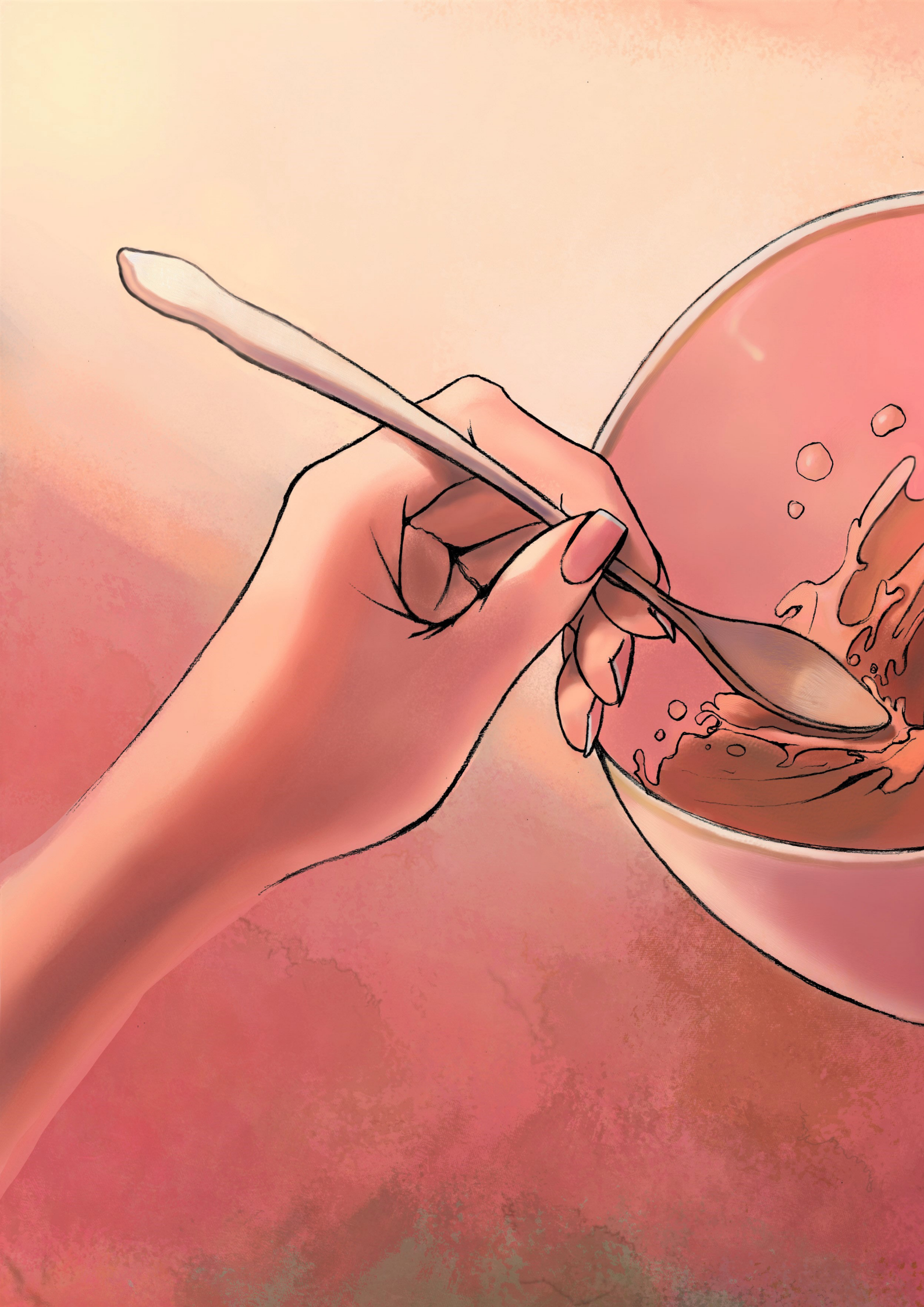


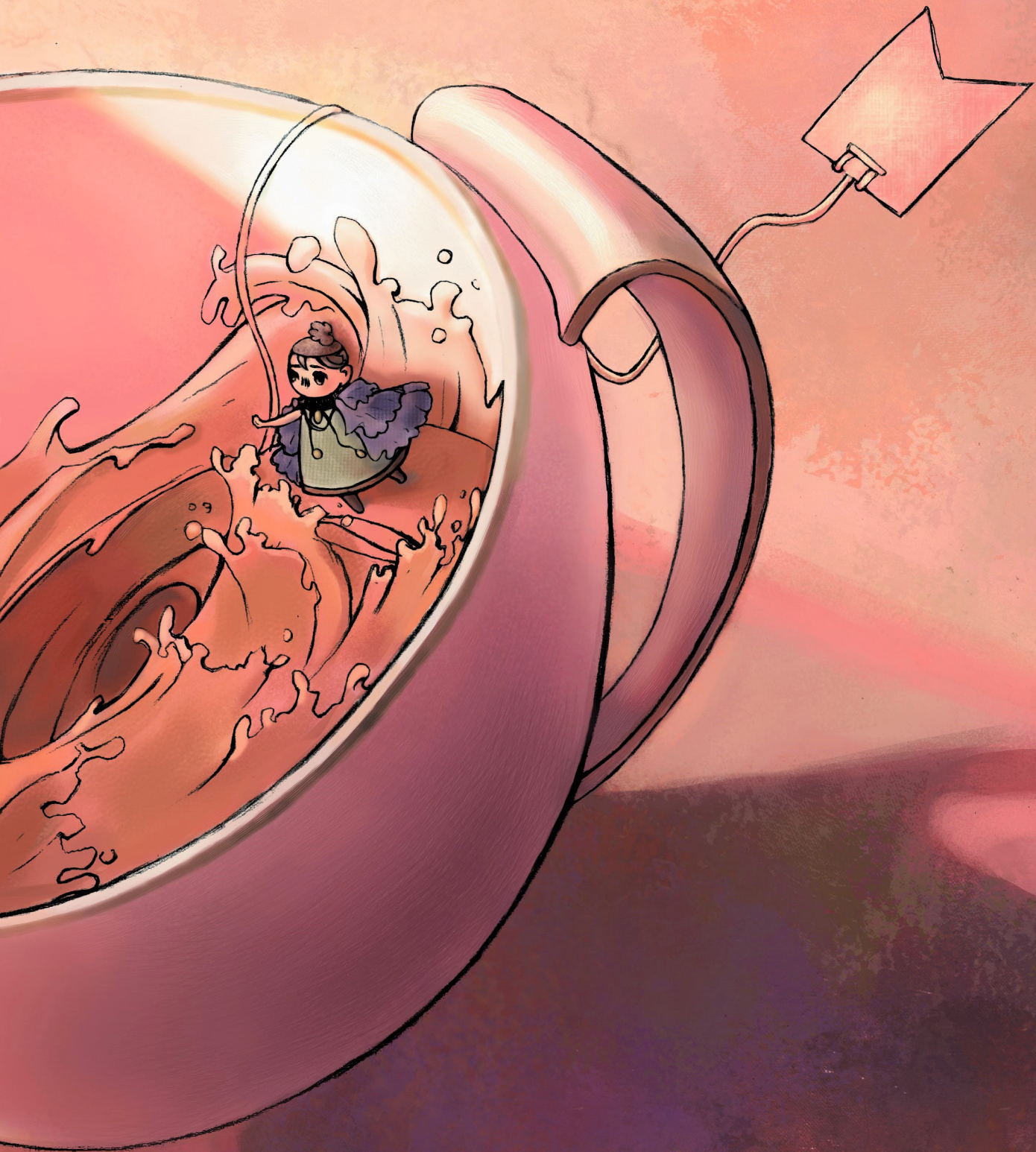






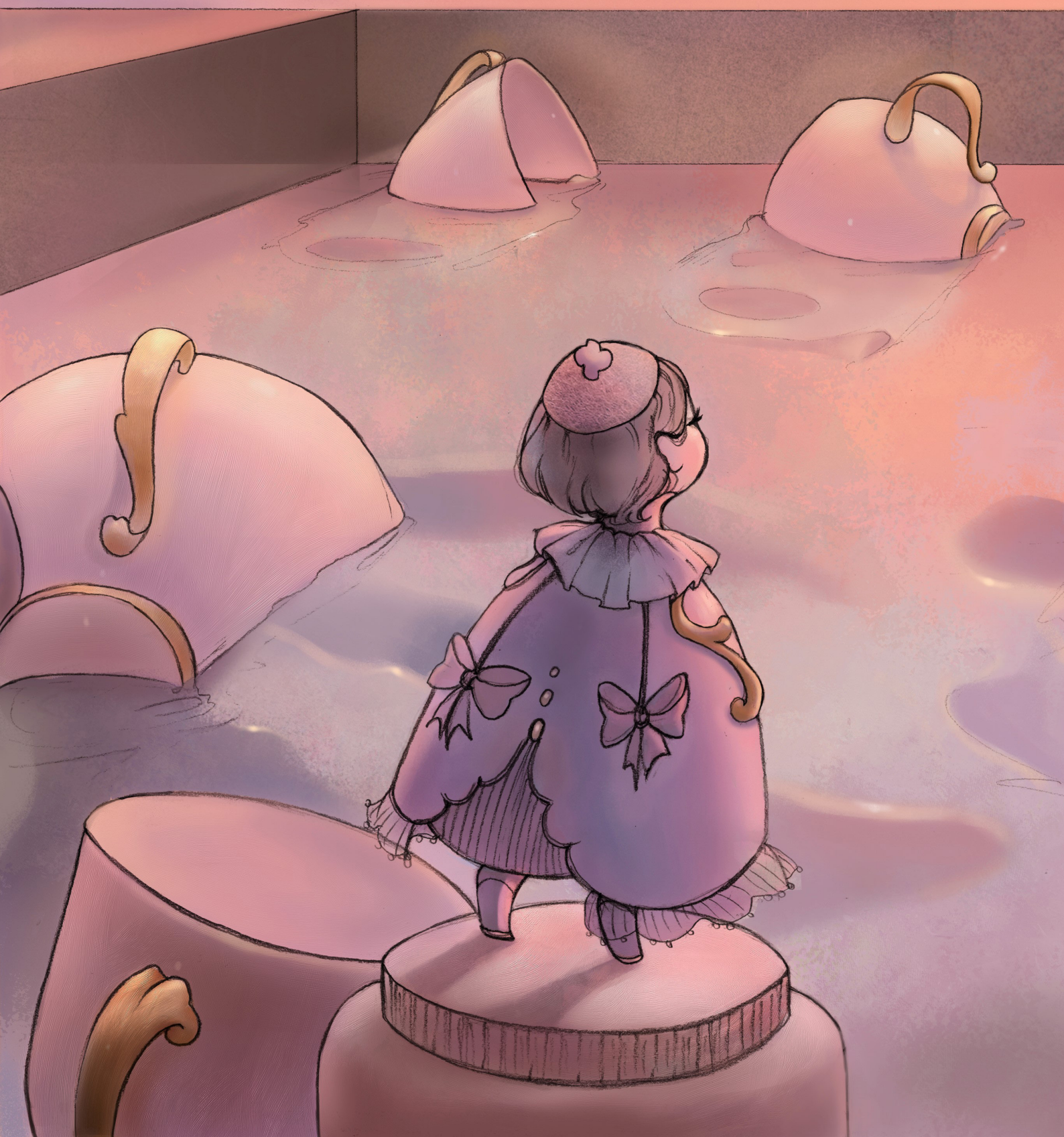
Una mañana Michelle se despertó al calor de su madre. Sintió sus tiernas caricias, mientras Dolores buscaba un lugar para su nueva taza.





Él té era el elixir de la familia Dolores, pues sus cuerpos enfermaban al engullir cualquier otro alimento.

A la edad de 5 años, la pequeña se percató de la particular relación que Dolores había creado con sus tazas.





Era un tipo de simbiosis unilateral, donde su madre moriría sin las tazas y las tazas dejarían de moverse sin ella.

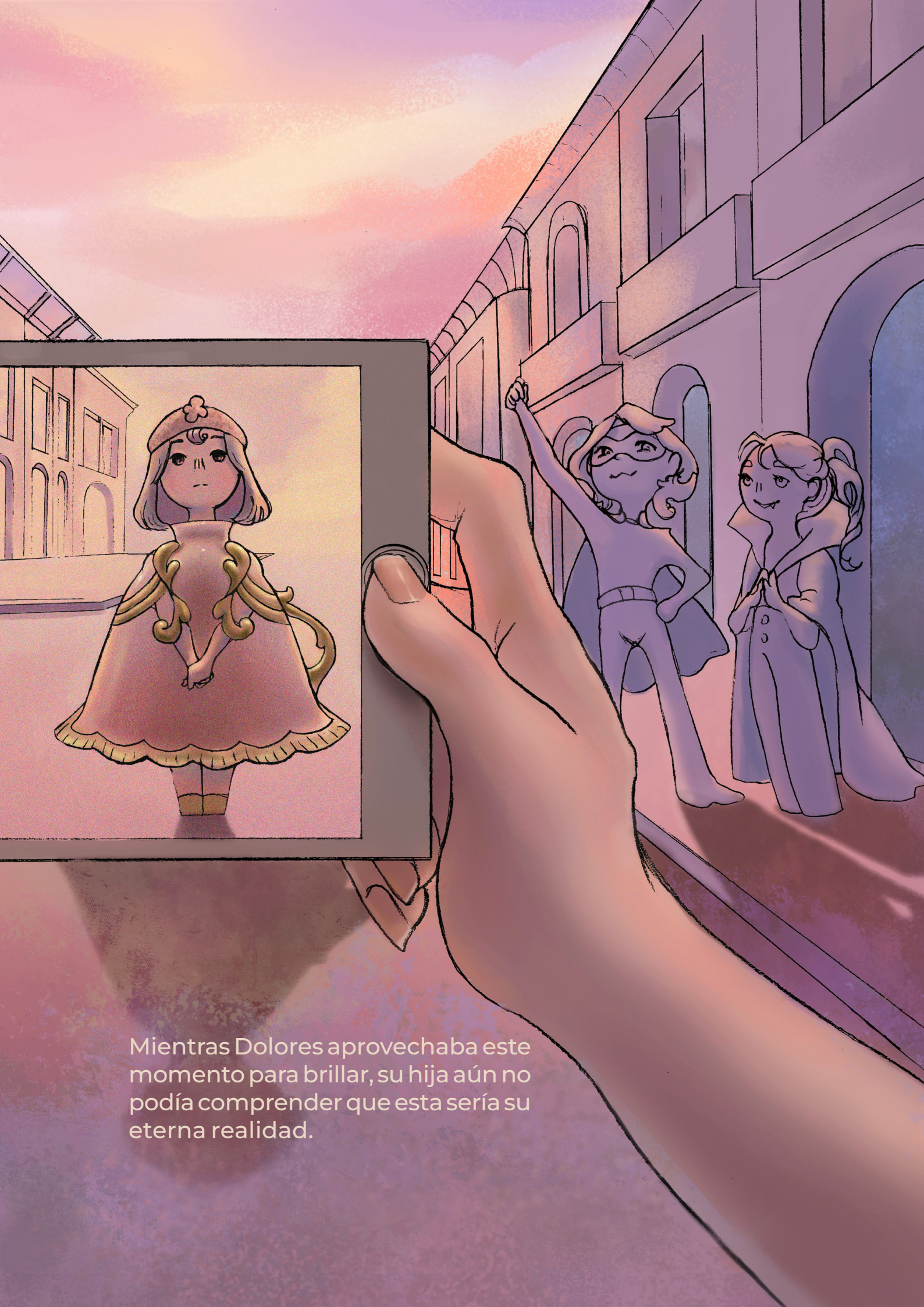


Diariamente mantenía un silencio absoluto, cuidando sus acciones y palabras, pues las paredes delataban sus más íntimos pensamientos.





Una vez al año en la ciudad donde la cerámica es el orgullo más grande del apellido Dolores, los niños demostraban aquel cariño maniático familiar.



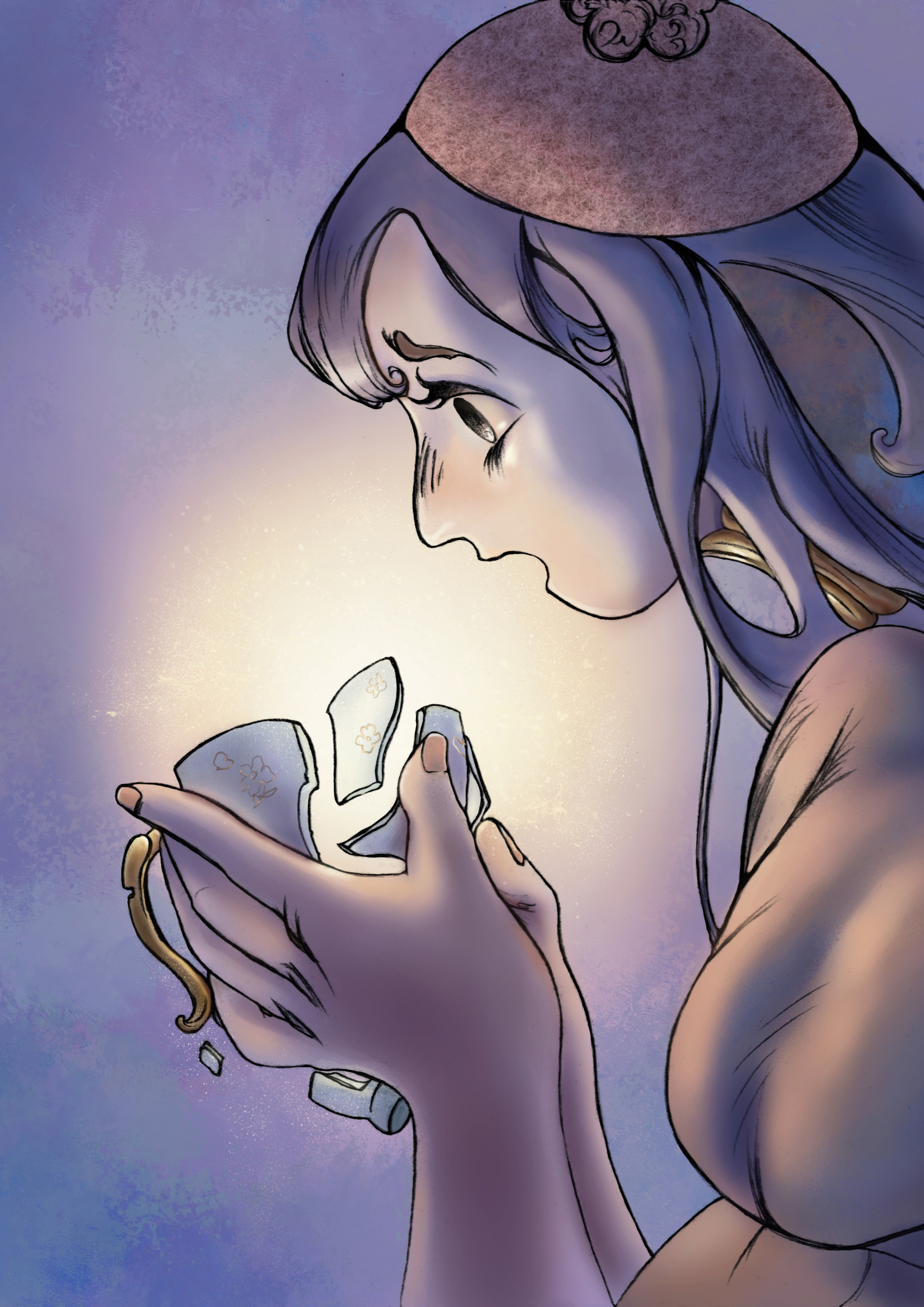
Mientras Dolores aprovechaba este momento para brillar, su hija aún no podía comprender que esta sería su eterna realidad.



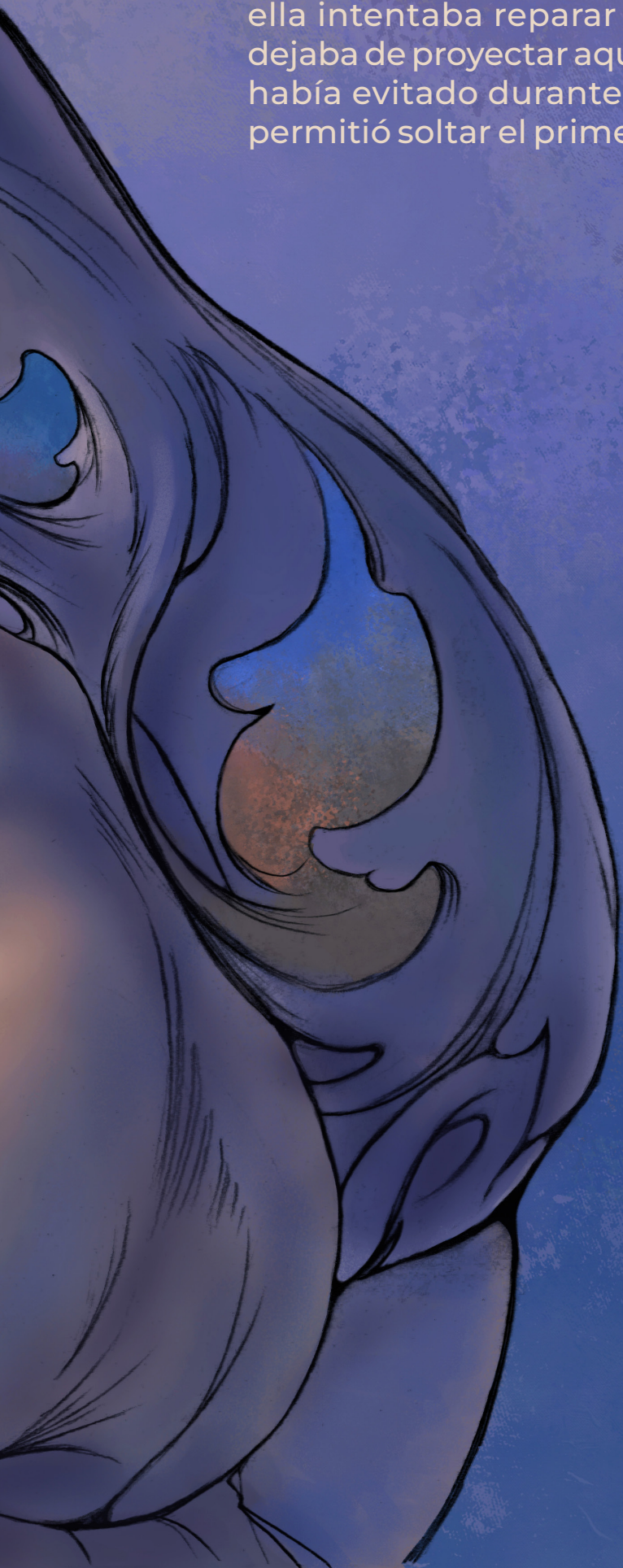


En una extraña ocasión, Michelle se emocionó al descubrir una repisa que se había camuflado durante sus quince años. Allí, encontró una deplorable taza que parecía dormitar y, atraída por tocar su calidez, extendió su mano para alcanzarla.

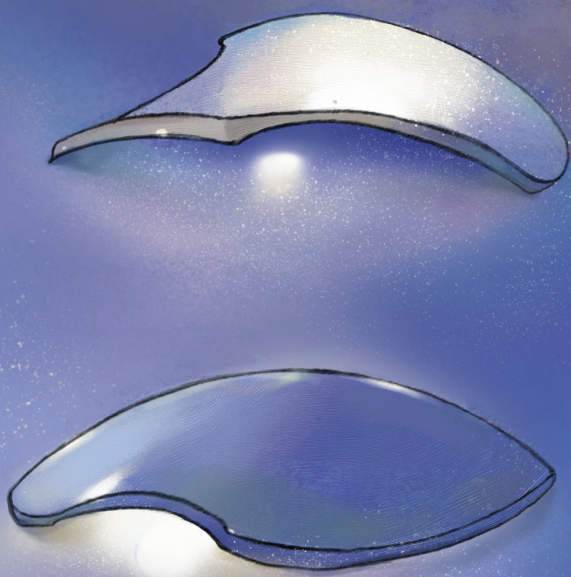




Como si este objeto escondiera una verdad indeseada, ella intentaba reparar la taza, mientras su mente no dejaba de proyectar aquella expresión de su madre que había evitado durante años. Frente a su angustia, se permitió soltar el primer grito de su vida.

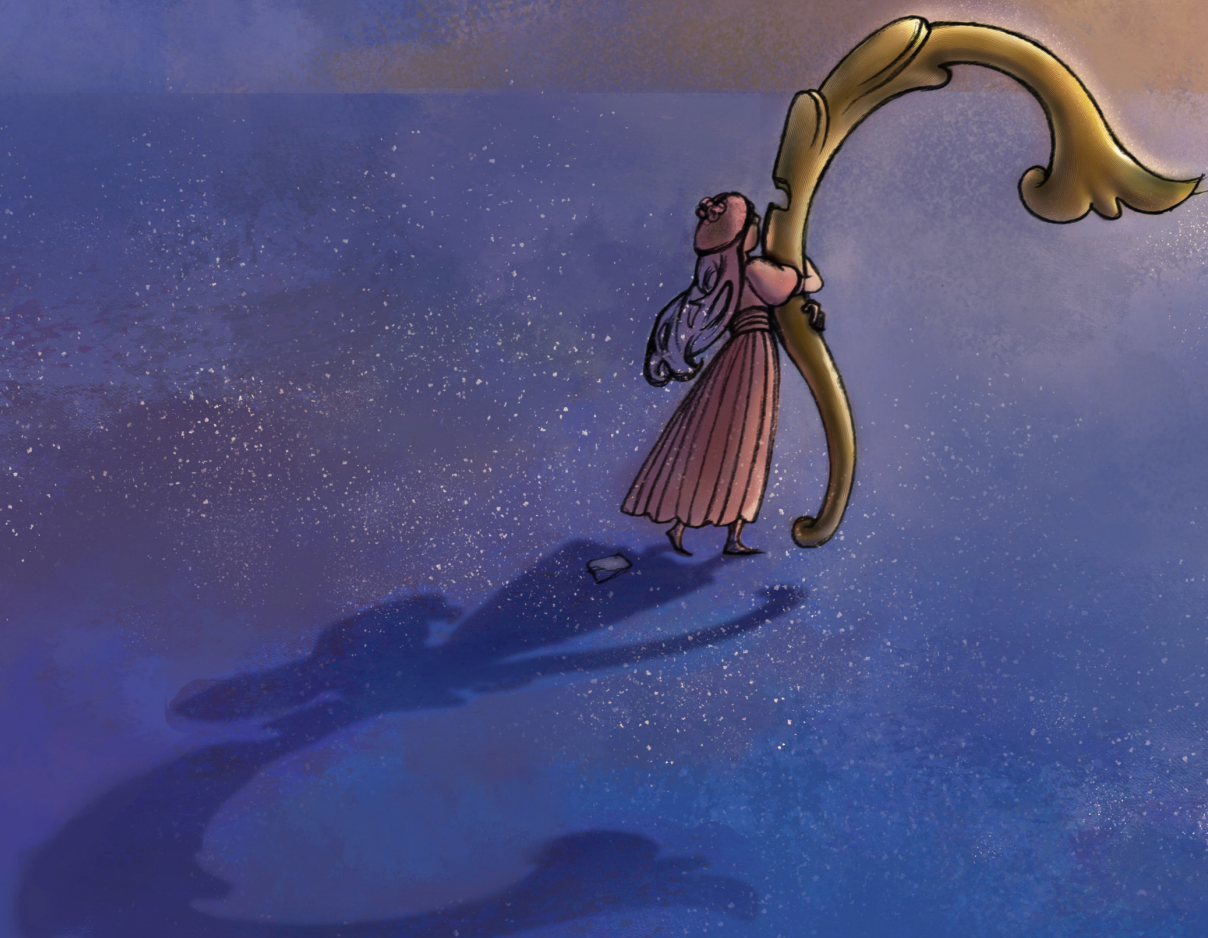


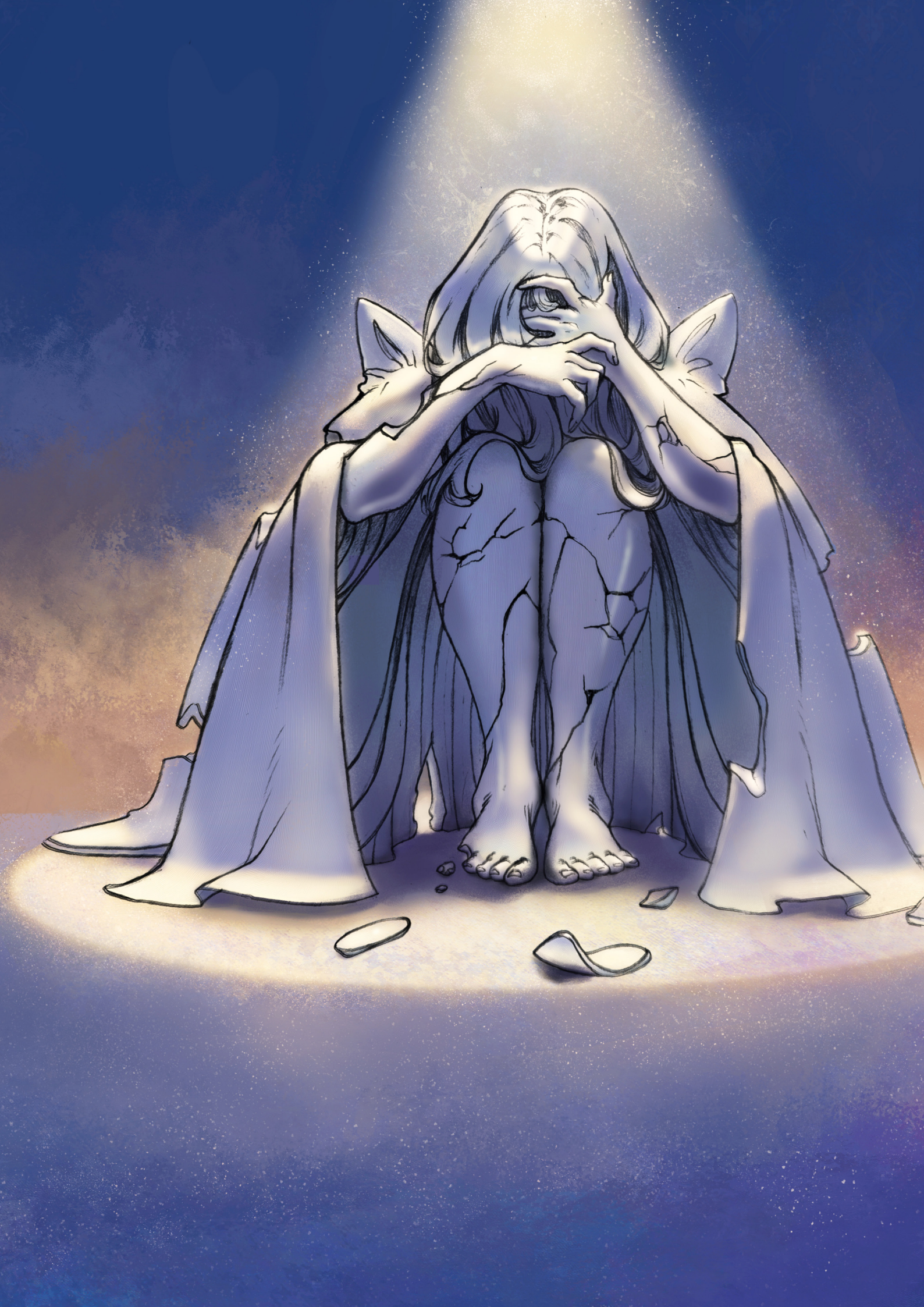


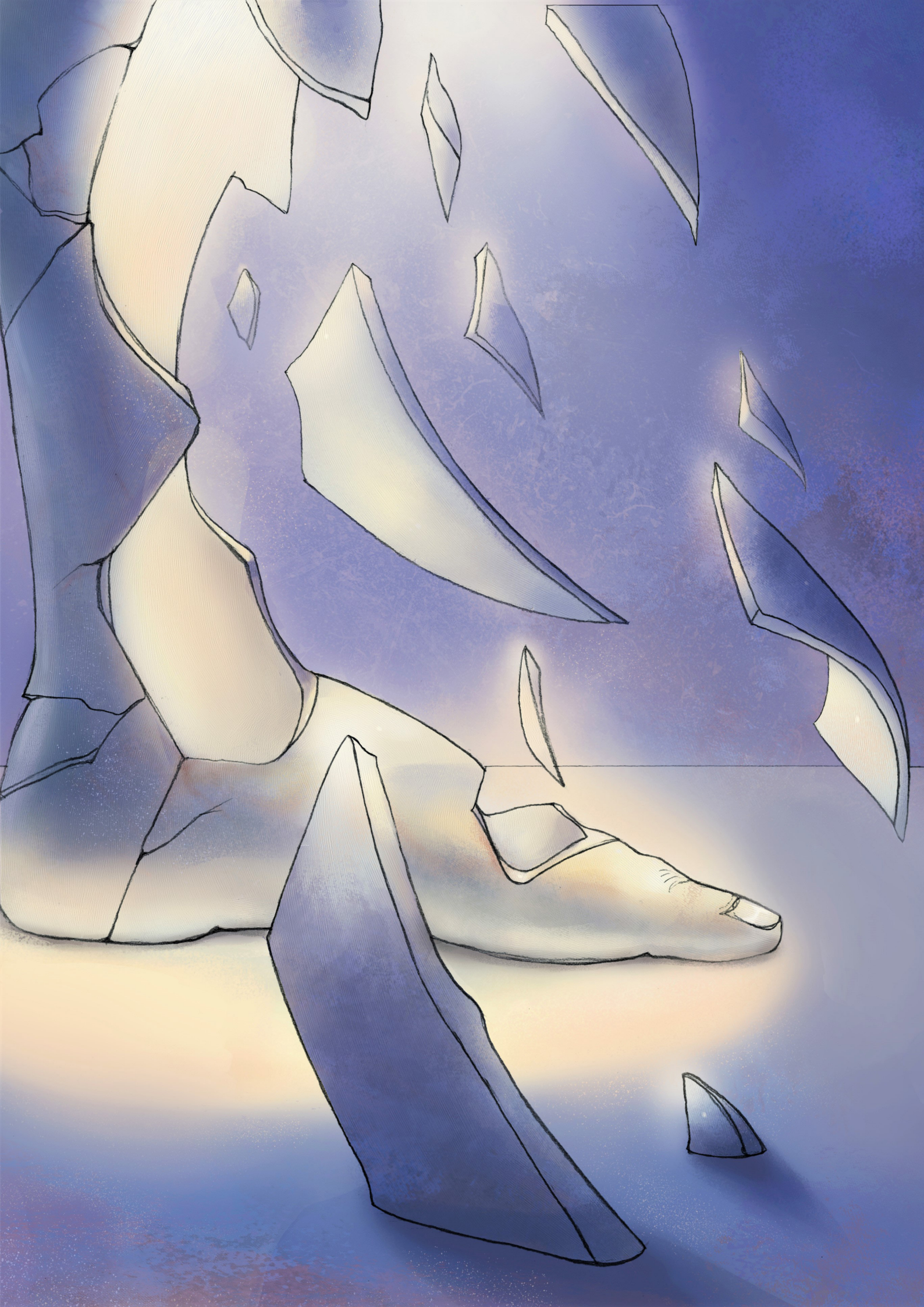


Repentinamente Dolores apareció, encontrando frente a su hija el pecado que había cometido en el pasado, o como ella lo llamaba “el ultimo recuerdo de su padre”.

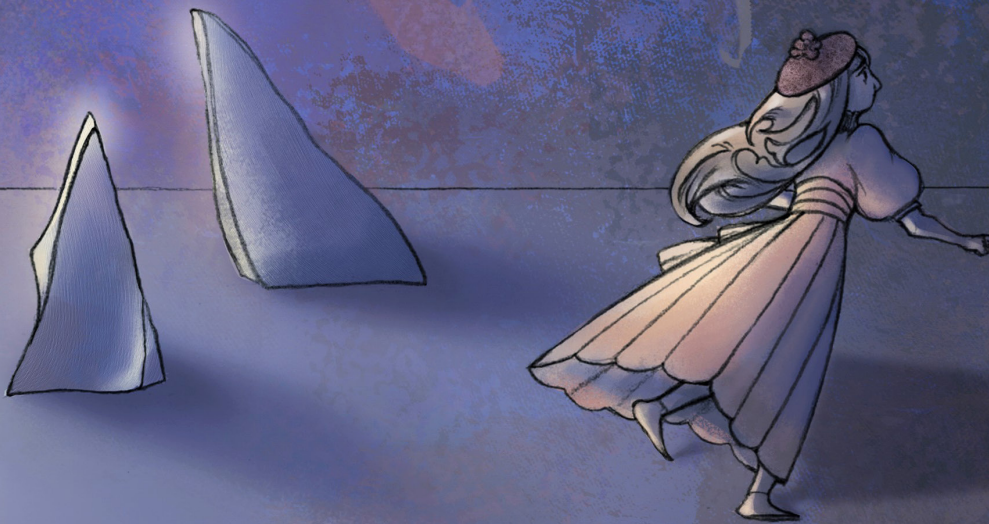
Con su verdadera naturaleza expuesta, Dolores dejó escapar entre las grietas: “Yo no quise hacerlo padre, la taza se rompió sola, no me pegues por favor”.







Surgiendo de Dolores la desesperación y cólera que su hija desato, evitando sentirse tan pequeña como en el pasado, busco recuperar el control. Con miedo ante los cortes, para la pequeña era imposible soñar que alguna vez podría consolar la naturaleza de alguien que apenas parecía conocer.



Después de tantas noches escondida en un frío rincón, lamentaba haber encontrado aquella taza. Luego del incidente, deseaba nunca más ser lastimada, esperaba que no la buscaran, ni la acariciaran, ni la lavaran, ni la ubicaran en aquella colección.

